

¿Un país de lectores? Felipe Garrido

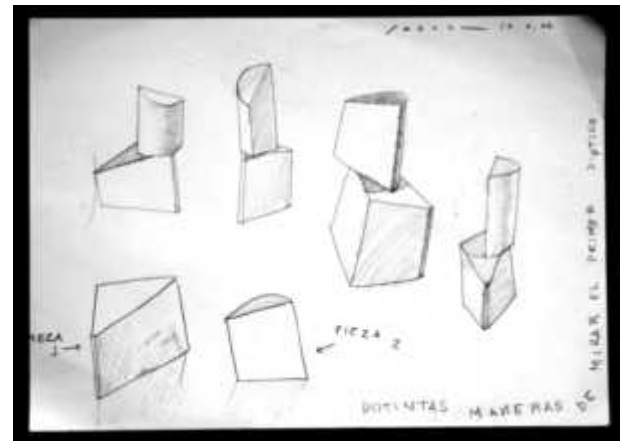
► El *Atlas de infraestructura cultural de México* es un esfuerzo sobresaliente del CONACULTA. Sin embargo, las cifras que nos ofrece no permiten distinguir entre el consumo de libros obligado —el que hacen sobre todo los estudiantes— y la lectura por voluntad propia, por el gusto de leer, que es la que distingue a los lectores. Estas cifras, por lo tanto, nos dan una idea del consumo de libros en el país, pero no de los lectores de libros con que contamos —ni de los lectores de diarios y revistas.

Una relación obvia es que dicho consumo es más alto en función de la escolaridad. Y podemos deducir que el número de lectores también se incrementa en proporción con este factor.

Es alarmante ver que 39.9 por ciento de la población no ha leído ningún libro en el lapso estudiado, y que 27.3 por ciento ha leído un máximo de dos, lo que equivale virtualmente a nada y sumado resulta 67.2 por ciento. Si a esto se añade el 18.1 por ciento de la siguiente categoría, de tres a cinco libros en el año, llegamos a 85.3 por ciento de mexicanos para quienes la lectura virtualmente no existe, ni siquiera por motivos de estudio.

Los lectores de seis libros en adelante suman 14.7 por ciento. Si se toma en cuenta que, según el censo de 2000, había en ese año 13.8 millones de personas que habían completado estudios de bachillerato o superiores, sobre una población de virtualmente cien millones, vemos nuevamente demostrada la relación entre nivel de escolaridad y nivel de consumo de libros.

Una amarga prueba de la desigualdad de condiciones en el país se desprende del análisis de los habitantes por librería. Por debajo de la media nacional, de 73,907.1, se encuentra sólo una cuarta parte de las entidades federativas, ocho de treinta y dos: Quintana Roo (72,913.6),



Yucatán (66,328.4), Nuevo León (63,902.4), Querétaro (58,512.8), Baja California Sur (53,005.1), Aguascalientes (52,460.3), Baja California (46,931.5) y el Distrito Federal (17,490.3). Y aun ahí la desproporción es atroz: el estado que sigue al Distrito Federal, Baja California, tiene 2.68 veces más habitantes por librería, y Quintana Roo, la octava de estas entidades por debajo de la media nacional, tiene 4.16 veces más.

Si examinamos los estados en peor situación, vemos que hay diecisiete —más de la mitad— con más de 100,000 habitantes por librería. Entre ellos, uno con más de 150,000; dos con casi 200,000 y uno con más de 260,000: Estado de México (155,912.9), Zacatecas (193,372.9), Chiapas (196,044.6) y Oaxaca (264,520.4). Entre la entidad en mejores condiciones, el Distrito Federal, y la que se halla más desprotegida, Oaxaca, la diferencia es de 15.12 veces.

Todo esto sin entrar a examinar esas otras desigualdades que produce la concentración de las librerías en las ciudades más importantes y el abandono de las poblaciones menores; ni las que separan a las librerías por su calidad.

El consumo de libros y la proporción de lectores —quienes leen como un acto cotidiano, por el placer de leer, y son capaces de escribir— están vinculados con los niveles de escolaridad, como hemos visto y, junto con este factor, con el nivel general de desarrollo de una sociedad. Las sociedades más desarrolladas tienen más lectores y esto se demuestra, a nivel de los estados, si vemos cuáles son los que tienen menor número de habitantes por librería. Tener más lectores autónomos, que puedan escribir, es un factor de desarrollo. No está de más recordar que existen numerosos motivos para leer, y que todos son importantes, pero hay una sola manera de formar lectores: ayudarlos a construir la comprensión del texto y, por ese camino, a descubrir los placeres de la lectura. ~